

IX

SEÑORES :

El ministro de una de las repúblicas de la América del Sur, la mas adelantada quizá, decia hace pocos años, á propósito de los honores que su patria habia tributado á los ilustres Carrera y S. Martin, « *que solo son dignas de ser bien servidas las naciones que saben agradecer los servicios que se les prestan.* »

Esta es una gran verdad que ha estado escrita siempre en la conciencia de todos los pueblos,

En el banquete dado en honor del ilustre Ex-Secretario de los Estados-Unidos de América, Hon. W. Seward, en el Palacio Nacional de México, por el Presidente de la República C. Benito Juarez, la noche del 27 de Diciembre de 1869.

cuya observancia ha elevado al pináculo del poder á los mas grandes del mundo y cuyo olvido ha arrastrado á la degradacion y á la ruina á los mas famosos imperios.

Los que hemos nacido en el nuevo continente, debemos desear que este principio no se olvide nunca, si queremos que la América llegue á ocupar, y no muy tarde, el lugar que le está señalado de una manera incontrastable por las leyes de la civilizacion, es decir: el primero en el mundo.

Pues bien señores, el motivo que hoy nos reúne en esta fiesta esencialmente americana, es un motivo de gratitud, digno de un pueblo libre, digno de un pueblo civilizado, que honra á nuestra patria y que solo podrá atraernos el desagrado del mas encarnizado despotismo y de la mas oscura barbárie.

No es al monarca extranjero que abandonando por unos dias el trono en que oprime á sus vasallos, se dedica á viajar, recibiendo por todas partes ovaciones oficiales; no es al conquistador afortunado á quien vemos apurar con sus manos ensangrentadas una copa en el banquete que le ofrece el terror; sino al apóstol de la dignidad humana, al defensor

de la dignidad de la América, á uno de los patriarcas mas venerables de la libertad, á quien hoy sentamos en medio de nosotros y en cuyo honor, decoramos con flores el hogar mexicano, y hacemos las libaciones de la simpatía y de la admiracion.

Miradlo..... en sus sienes no brilla otra corona, que la santa de la vejez, y ¡que vejez! la que revela una vida entera consagrada al servicio del género humano.

Yo olvido aquí, al mirar á Guillermo Seward, al hombre humilde, elevado desde las últimas categorías de la sociedad hasta los mas altos puestos, merced á su talento y á sus virtudes; yo olvido aquí al ministro de los Estados-Unidos; yo solo veo en él, yo solo quiero ver en él, al amigo de la humanidad, al enemigo de la esclavitud, al libertador del hombre negro, encadenado como Prometeo á la roca de la servidumbre, por una preocupacion infame de largos siglos.

¡La esclavitud!..... la odiosa mancha del mundo antiguo, el crimen legado por los pasados siglos, como una enfermedad hereditaria á la civilizacion moderna!

¡La esclavitud que las repúblicas griegas

y romanas, no fueron bastante grandes para borrar de su código, que los bárbaros de la Edad Media acogieron con gusto, como un auxiliar de la fuerza bruta, que aun el cristianismo no pudo destruir, no porque aquel que habia dicho: « *Amaos los unos á los otros* » no la hubiera anatematizado, sino porque los sacerdotes y los déspotas aliados entre sí, la necesitaban para la conservacion de sus intereses materiales.

Hubo un tiempo, señores, en que el mundo entero pareció creer que la esclavitud era un precepto de derecho divino. Y que el mundo pagano hubiese fundido en sus leyes esta tradicion del reinado primitivo de la fuerza, no era raro; pero que el mundo cristiano hubiese dividido á los hombres en razas libres y razas serviles, es decir, en hombres y cosas, esto era lo monstruoso, esto era lo absurdo, pero así sucedió.

La Europa entera apartó con una mano de hierro, de la comunión humana al infeliz vencido y lo despojó de su carácter de hombre. La *Ley Sálica*, que es la expresion del sistema legal de aquella época, igualaba al esclavo con el caballo, con el buey y con el

jumento. No habia, pues, esperanza para el siervo.

¡Pero vinieron los tiempos de luz! La Democracia americana que debia ser mas grande que las Democracias antiguas, nació en los Estados-Unidos, enferma del vicio hereditario. Los puritanos ingleses y el cuáquero Guillermo Penn, en seguida, habian querido fundar en la tierra vírgen de América, una sociedad evangélica; pero á poco tiempo de haber puesto el pie los primeros en el peñon tradicional, un buque holandés arrojaba á orillas del rio James, el primer grupo de negros esclavos.

De aquí tuvo origen la mezcla de la esclavitud bárbara con la institucion cristiana, mezcla que el mismo Washington no se atrevió á tocar; y aquí es preciso decir para honra de los padres de nuestra Independencia, que ellos sí escribieron la abolicion de la esclavitud en su gloriosa bandera de 1810.

Pero en los Estados-Unidos algunos hombres pensaron, y con justicia, que la libertad estaba deshonorada con la esclavitud, y de estos hombres fué el ilustre Guillermo Seward. No contentos con pensarlo, se consagraron al gi-

gantesco trabajo de quitar de las estrellas de su pabellon la mancha que las oscurecia.

Gigantesco trabajo, digo, y que conducia á la muerte; John Brown levantó la bandera y caminó al martirio.

Entónces se presentaron dos hombres á quienes el poder ofrecia la oportunidad de realizar sus ideas. Abraham Lincoln y Guillermo Seward que fueron competidores para la presidencia de la república.

Favorecido el primero, llamó al segundo al gobierno, y los dos identificados en pensamiento, obtuvieron el triunfo.

El decreto de emancipacion de los esclavos, forjado por los legisladores americanos, fué lanzado sobre la cabeza de los esclavócratas el 22 de Setiembre de 1862 como un rayo, por las robustas manos de Lincoln y de Seward.

Ya sabeis lo demas: la tempestad mas tremenda que haya jamas agitado el seno del mundo político, se desencadenó sobre el suelo de los Estados-Unidos con todos sus horrores; pero la Providencia le puso fin, concediendo la victoria á la causa de la humanidad. El trueno cayó!..... despues serenóse el cielo, se levantaron los cadáveres del campo de batalla,

lavóse la sangre, y bajo el iris resplandeciente de la victoria, aparecieron los esclavos con las cadenas rotas y con la frente iluminada por el sol de la igualdad. El pabellon de las estrellas ondea hoy ante el mundo, limpio de toda sombra y diciendo á todos los pueblos de la tierra: « *La libertad en América se levanta por fin sin miedo y sin tacha.* »

Tal es la obra de estos apóstoles de la fraternidad, á quienes no ha faltado para dicha suya, ni la corona del martirio, que es la corona de todos los redentores.

El venerable Guillermo Seward es uno de esos apóstoles. Su corazon, su pensamiento, su vida entera se han consumido en la tarea que dió por resultado la libertad de los negros. ¿Cómo no tributarle los homenajes debidos á la virtud?

Señores: en nombre de la humanidad vengada, brindemos por el ilustré americano Guillermo Seward, que honra á la humanidad.